

Los tres felices pies del gato

Héctor Guzmán

VALENCIA, Jorge. *En busca de un final feliz*, Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 1997.

Jorge Valencia afirmó una vez que para escribir un cuento es primordial encontrar un tono. Encontrar no sólo la forma en la que hablan los protagonistas sino también el orden preciso en el que engranarán todos los componentes del cuento —o tal vez por no engranar se empujen o se sujeten de las colas— para decir la historia que se quiere, la que sin ese tono particular es cualquier otra historia. Tal vez esa sea la primera, vaporosa materia de este libro: el tono de intimidad que le quita al lenguaje su traje de salir y lo mete otra vez en la mesa de platicar. Un tono que parece ponerle al cuento un cenicero y dos cervezas o un plato despostillado con galletas de animalitos y dos tazas de café.

Y es que la intimidad sirve mejor a un territorio en el que el autor se revela como un verdadero mañoso: la evocación. Los cuentos de *En busca de un final feliz* no sólo recorren los secretos que el pudor —ese sucedáneo barato del estilo— aconseja ca-

llar; estos secretos son además recuerdos fundamentales, de esos que han alejado a mucha gente por años; de esos que en manos de un tercero son un verdadero tesoro. Cuento tras cuento, alguien a quien uno siente conocer de tiempo atrás va soltando un goteo de asuntos que oscilan entre el chismorreo y la revelación. Y el entorno donde las dos cosas mejor se dan, bien se sabe, es la intimidad; la familiaridad de los conocidos. La gente a la que la vida ha ido amansando junto con sus historias parece de pronto rebelarse, salir de un sopor comodón para soltar como si nada, como quien ofrece fuego para un cigarrillo, una confianza que ilumina la cara de rojo un poquito y calienta las manos.

Ese tono de plática entre dos —para el que Jorge Valencia se sirve con soltura del narrador personaje— va desplegando frente al lector toda una fauna que sería burdo calificar de urbana. Su filiación es más clara que eso: es la gente de la casa. De la casa que sea. Son los que comparten un olor en la ropa y una receta favorita. Una noción de autoridad y un rencor que el estatuto prohíbe confesar. Y se engaña de atroz manera quien piense que esta fauna es limitada; si se habla de mansedumbre, si de hogar, si de café y galletas, se debe hablar también de la clase media —territorio hace mucho reclamado por los escritores— y en particular de la tapatía. Guadalajara está presente como eje narrativo en todas estas historias, y basta con empujar un poco hacia atrás el recuerdo para

darse cuenta de lo que esto puede significar. De ahí que a pesar del entorno doméstico, familiar y tapatío, o tal vez gracias a él, estos cuentos estén llenos de gente y sucesos importantes. De esos infiernos a fuego manso que acaban por arderle a la gente toda la vida y por ponérsela al fin en un plato triste, apenas una sopa de fideos sin pena ni gloria. Sólo el protagonista puede saber lo que pesa un hecho añejo.

Estas historias dejan clara esta noción y por eso resulta natural que como crónicas de la cotidianidad estén pobladas de putas, de infidelidades, de hombres capaces de matar pero —y eso los convierte en personajes— capaces también de obtener lo mismo pidiendo un favor; la casa es donde uno vive y aquí eso puede equivaler a carpetitas en los sillones o a escupideros bajo la barra. A enormes calzones blancos en los tendederos o a ligueros en el respaldo de una silla. Lo importante es que al fin es cierto que el amor es una cuestión preocupante y que la felicidad es, cuando menos, muy difícil de encontrar. Si Jorge Valencia merece el calificativo de habilísimo evocador es porque logra afirmar una de las principales conciencias que nos da el recuerdo: incluso cuando se la encuentra, la felicidad no es más que la futura nostalgia. Es difícil encontrar un final feliz porque, para acabar pronto, el final siempre está adelante y nunca se sabe dónde.

Decía Cortázar que un buen escritor suele tener como característica la naturalidad. Ese tono de plática entre primos, esa cercanía que lleva a dos a reconstruir un recuerdo aportando cada quien los pedazos que le quedan, se logran en *En busca de un final feliz* gracias a una técnica depurada y a un oficio que ya trascendió el noviciado. Los doce cuentos de este libro —entre los que destacan "La del ocho" y el que da título al volumen— no son ya la promesa de nadie sino el cumplimiento de un compromiso de escritor. ◆



Sin título, detalle.